

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre...	27
Semestre...	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: Alfonso IV el Monge.—El Vergel (poesía).—Fulton (traducción libre del francés).—Falsa, y verdadera gloria (poesía).—La Madre rival.—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación).—Revista de modas.—Explicación del pliego de dibujos.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO IV EL MONGE.

I.

“Príncipe á quien sentaba mejor la cogulla de monge que la diadema de Rey, y mas aficionado al claustro y al coro que á los campos de batalla y á los ejercicios militares.

(M. Lafuente.)

Si no tuviéramos formado el propósito de trazar, siquiera á grandes rasgos, en la colección de LA VIOLETA de este año, los reinados de los once Alfonso de Asturias, Castilla y Leon, reinados llenos de

heroicos hechos y bellísimas tradiciones, pasaríamos por alto el de Alfonso el Monge, única figura desairada y oscura que afea el magnífico cuadro formado por los diez monarcas que llevaron su nombre, del mismo modo que un remiendo de tela burda afearía un manto de púrpura de Tiro.

Sin la existencia de este Rey, razon sobrada tendríamos para creer que el nombre de Alfonso fue siempre en los monarcas cristianos feliz presagio de grandes acciones, como si la Providencia quisiera señalar con él la aparición de una de esas figuras gigantescas que surgen de tiempo en tiempo del fondo de las sociedades y que descuellan sobre todos sus individuos, como el roble secular sobre los arbustos de un jardín.

Mas, á pesar de eso, es indudable que los reinados de los Alfonsos forman la parte principal de la reconquista de nuestra patria, y bien puede decirse que á su valor y fortuna debemos el que nuestras sienes no sean ceñidas aun por el turbante de los hijos del Profeta.

Pero necesario es, si hemos de cumplir nuestro propósito, describir el reinado débil y fugaz del hermano de D. Ramiro, á quien el convencimiento de

su impotencia obligó á deponer generosamente una corona, cuyo afán de recobrar despues le acarreó la pérdida de la libertad y de la vista.

II.

Corría el año 925, cuando por muerte del tirano y feroz Rey D. Fruela II, que finó de lepra al año y un mes de su reinado, ocupó el trono de Leon Alfonso IV, su hijo, como cree Lúcas de Tuy, y de D. Ordoño II, segun opinan, con mas fundamento á nuestro modo de ver, otros célebres y anti- guos escritores.

Su elevacion á la egregia silla fue saludada con gritos de entusiasmo por los pueblos, que creyeron ver en él un digno sucesor de las virtudes y altas prendas de D. Ordoño. Pero D. Alonso era una rama enfermiza, seca, desgajada de un tronco robusto y lozano.

Sin valor para la guerra, ni talento para la política, el nuevo monarca sintió rendida su cabeza con el peso de la corona, y abrumados sus débiles hombros por el regio manto, como si la púrpura y el armiño se hubieran trocado de repente en pesado plomo.

En aquella edad de hierro, donde el valor era una de las cualidades mas necesarias á los Reyes, obligados tan pronto á empuñar el cetro como la pica.

Sentados en el trono, cubiertos con el arnés de batalla, y llenos aun del polvo del combate; políticos y guerreros á la par; acostumbrados lo mismo á los trances de la guerra que á las intrigas cortesanas.

Edad donde los Estados se enriquecian con la punta de la espada, y en donde los Reyes que se entregaban al descanso eran despertados de sus sueños de ocio por las trompas del enemigo, que llamaba con el cuento de su lanza á las puertas de su corte.

Siglos de agitacion y de combate, donde la fuerza era el derecho y la razon era la espada.

En aquella edad, la cual, segun Chateaubriand, tenia el alma enteramente religiosa, el cuerpo enteramente bárbaro y el espíritu no menos vigoroso que el brazo; en aquella edad, repetimos, un monarca como Alfonso IV, de quien dice Mariana que no

se cuenta ninguna virtud, ninguna provincia sujeta- da por guerra, ni allegada á su señorío, sin valor y sin talento, era una verdadera calamidad para la patria, una carga pesada, inútil, que los vasallos hubieran arrojado de encima si el mismo Rey, conociendo su incapacidad y convencido de su ineptitud, no hubiera depuesto su corona voluntariamente en el año 965, entregando el cetro á su hermano don Ramiro, á quien hizo venir de Viseo, y retirándose al monasterio de Sahagun, resuelto á terminar sus dias alejado de los cuidados del gobierno.

Un rasgo tal de abnegacion era digno de eterna alabanza; y las bendiciones de sus pueblos y el aplauso de la historia hubieran indudablemente recaido sobre aquel Rey, que, dejando á un lado el egoismo, atento solo al bien de su patria, depositaba el cetro en manos mas vigorosas que las suyas, si los hechos posteriores no destruyeran por completo el mérito de su obra.

Però el corazon humano es un abismo de contradictorios afectos, de pareceres distintos, que salen á la superficie haciéndonos obrar hoy de distinta manera que ayer, y mañana de diverso modo que hoy.

Culpa es esto de nuestra débil naturaleza, que tantas y tantas veces se contradice en el breve período de la vida.

D. Alfonso, encerrado en el monasterio, echó de menos el bullicio de la corte; deseó lucir, brillar como Rey, y verse de continuo agasajado por miles de vasallos.

Se olvidó de las amarguras del poder, atento solo á las delicias del mando.

Comparó el estruendo de la corte y la calma del monasterio, y prefirió caer rendido bajo las atenciones de Rey, á morir abandonado y solo bajo el triste sayal del penitente.

Agitado por este pensamiento arrojó la cogulla, ciñéndose de nuevo la espada, y seguido de algunos parciales partió á Leon, creyendo que el cetro volveria á sus manos con la misma facilidad que salió de ellas.

Però su deseo le engañaba.

El tiempo corre veloz como el relámpago.

Los acontecimientos se suceden variando la faz de los pueblos, sin que el limitado poder del hom-

bre pueda impedir esa continua aspiracion de la humanidad, que marcha, ora lenta, ora apresurada-mente, á su perfeccionamiento, desde el instante en que Dios colocó con su mano poderosa el mundo en el espacio.

D. Ramiro, en el momento que empuñó el cetro, organizó una hueste numerosa, con el fin de marchar contra los árabes, orgullosos y altivos con el descanso que tuvieron durante el mando de don Alfonso.

Terminados ya los aprestos, disponíase el activo monarca á abrir la campaña, cuando llegó á su noticia la nueva de lo hecho por su hermano.

Entonces, asegurándose de la fidelidad de los nobles que le rodeaban, partió con su gente hácia Leon, ciudad en donde se encerraba D. Alfonso.

Llegado que hubo, acampó en las inmediaciones, tratando antes de romper las hostilidades de arreglar amigablemente las exigencias de su hermano.

Pero D. Alfonso se negó á dar oídos á sus embajadores, rechazando con una terquedad sin igual las proposiciones de D. Ramiro.

Entonces este formalizó el sitio, emprendiendo con vigor el ataque, seguro de entrar á viva fuerza en aquella poblacion rebelde.

Pero cuando ya casi veia conseguidos sus deseos, vino á retardarlos en parte la noticia de haberse sublevado por D. Alfonso otras ciudades, así como todo el territorio de Asturias, puesto en armas por los hijos de D. Fruela, Ramiro, Alonso y Ordoño.

Semejantes complicaciones para el nuevo monarca, que poseia un carácter de hiena y una voluntad enérgica y decidida, no eran otra cosa que nuevos empeños que le impulsaban mas y mas á la realizacion de sus fines.

Así que, sin levantar el sitio, antes bien apretándole, corrió contra las ciudades sublevadas, y, despues de rendirlas, estrechó á Leon de tal modo, que sus moradores, desconfiando poder resistirse por mas tiempo, obligaron á D. Alfonso á deponer las armas y entregarse sin condiciones á la clemencia de su hermano.

Tomada Leon, Asturias se redujo á la obediencia, cayendo tambien los principales instigadores del movimiento en poder de D. Ramiro, quien, perdonando

á los comprometidos en la insurreccion, encerró en un castillo á su hermano y á los tres hijos de don Fruela, sus primos, despues de privarles de la vista.

¡Terrible castigo, ejecutado muchas veces en aquella edad de hierro, donde los vínculos de la sangre no eran suficientes á contener la venganza del vencedor!

D. Alonso fue trasladado despues al monasterio de San Julian de Ruiforco, donde espiró en el año 969 de nuestra era y 931 de Jesucristo, siendo allí sepultado con la pompa que su alta alcurnia requería.

Tambien fue enterrada en el mismo sitio su esposa la Reina doña Íñiga, hija de Sancho García, monarca de Navarra.

Así terminó sus días Alfonso IV, apellidado el Monge, sin dejar mas huellas de su mando que algunas donaciones hechas al célebre monasterio de San Cosme y San Damian y haber restituido á su obispado de Leon á Frunimio, desterrado por don Fruela.

JULIAN CASTELLANOS.

EL VERGEL.

Ven á mi vergel frondoso,
Donde las plantas florecen
Y los árboles se mecen
Convidándote al reposo.

Ven, que no hay en este suelo
Mas deleitoso vergel,
Y estando mi amigo en él,
Será un Eden, será un cielo.

Abunda en galanas flores
Y riquísimos frutales;
Cantan entre sus zarzales
Los mirlos y ruiseñores.

En dilatadas hileras
Hay olmos que le dan sombra;

Le brinda el césped alfombra,
Toldos las enredaderas.

—
Hallarás de trecho en trecho

Bancos de bruñida piedra,
Con pabellones de yedra
Que forman gracioso techo.

—
Hay en él una colina,
Y en su cumbre placentera
Crece la silvestre higuera
Que entre peñas se reclina.

—
Una fuente que allí nace
De lo alto se despeña,
Y al rodar de peña en peña,
En espuma se deshace.

—
Luego entre juncos y lilas
Forma un lago aquella espuma;
Cisnes de menuda pluma
Cruzan sus ondas tranquilas.

—
Pececillos de colores
Bullen entre sus cristales,
Los mirtos y los rosales
Bordan su orilla de flores.

—
Y es grato el estar oyendo
De las voces el murmullo,
De las aves el arrullo,
De las aguas el estruendo.

—
Y ver al sol esconderse
Por detras del pardo monte,
Mientras por el horizonte
Va su arrebol á estenderse.

—
Ver las nubes rielar
Con mil visos esplendentes,
Y en las ondas transparentes
La hermosa luz reflejar.

—
En la superficie lisa
Ver cuál nadan mariposas,

Mil figuras caprichosas
Dibujadas por la brisa.

—
Luego su manto sombrío
Tiende la callada noche,
Y de la flor en el broche
Perlas engasta el rocío.

—
Trémulas, vertiendo llamas,
Aparecen las estrellas,
Y va la luna con ellas
Cual la Reina entre sus damas.

—
Todo es silencio, frescura,
Paz y encanto indefinible:
Una voz imperceptible
Palabras de amor murmura.

—
¡Ah, ven! ¡Yo te lo suplico!
Si mi amigo habita en él,
No trocaré mi vergel
Por el imperio mas rico.

MICAELA DE SILVA Y COLLÁS.

FULTON.

Roberto Fulton nació el año 1765 en los Estados-Unidos de América, en Pensilvania. Murió en 1816. Fue uno de los hombres de nuestra época que mas han contribuido al adelanto del siglo.

El jóven Roberto Fulton se dedicó desde luego al estudio de la pintura, pero su gusto pronunciado por la mecánica le hizo completamente abandonar este arte. Ensayó varias invenciones suyas que no le enriquecieron. Hizo muchos descubrimientos útiles, inventando, entre otros, una máquina para ser-rar y bruñir el mármol, otra para tejer cuerdas. Despues hizo un batel para navegar bajo el agua, y una maquinaria para volar los barcos. En fin, prin-cipió sus esperimentos por hacer marchar los bu-ques por medio del vapor.

Ya en Francia Jouffroy había experimentado la aplicación del vapor á la locomoción de los barcos; pero las experiencias del sabio francés habían quedado en proyecto, hasta que Fulton llegó á París é hizo sus primeros ensayos sobre el Sena en 1802.

Los ensayos de Fulton le parecieron convincentes, y se creyó tan seguro del éxito, que hizo presentar una Memoria al Emperador Napoleon, que se hallaba en el campo de Boulogne preparando un desembarco en Inglaterra.

Napoleon, bastante seriamente ocupado para fijar su atención sobre la Memoria del ingeniero americano, la devolvió al ministro para que la hiciese examinar por los inteligentes; pero éstos contestaron que Fulton estaba loco... y el Emperador no pensó mas en las proposiciones de Fulton.

En 1815, Napoleon, prisionero sobre un buque inglés, durante la travesía de Francia sobre las costas de Inglaterra vió un buque sin velas ni aparejos, y solamente superado de un largo cañon, del cual salía un humo negro y espeso, dirigirse con gran velocidad y contra el viento en dirección opuesta á la suya.

—¿Qué buque es ese? ¿qué es ese fuego, dijo Napoleon, que á pesar de su crítica posición se dirige sin velas contra el viento?

—Ese buque, dijo el comodoro inglés, á quien el Emperador hacia esta pregunta, es un buque de vapor de la invención de un americano llamado Fulton. Bien pronto, añadió el almirante inglés, el descubrimiento de Fulton hará la mas grande revolución en el arte de navegar, y cambiará todas las naciones dotándolas de fuerza y de supremacía sobre la mar en las armadas y la potestad marítima.

—¡Fulton! dijo Napoleon tocándose en la cabeza con la mano. Yo he oído hablar de este hombre... Sí..., añadió en voz baja; ya me acuerdo. Este hombre me había propuesto el imperio de los mares, y tenía razón. Los ministros me escribieron que estaba loco... No... no; los resultados que yo veo en este momento me prueban que sus cálculos y sus promesas no eran ilusorias. ¡Oh fortuna... de cuán poco dependes!... ¡Si un solo hombre de genio hubiera juzgado y comprendido el sistema de Fulton, la Francia sería la reina del mundo!...

Suspiró, bajó la cabeza, y quedó largo tiempo pensativo.

Fulton, que había sido tan mal recibido en Francia, se volvió á su país, donde continuó sus experimentos, y en 1807 lanzó el primer buque de vapor sobre el Hudson, para la navegación entre Albany y Nueva-Yorck.

Mas tarde perfeccionó su descubrimiento, poniendo toda su atención en la magnífica obra que tan provechosos resultados debía prestar al mundo.

En 1815, cuando el gran Emperador caía por no haber tenido fuerzas para luchar sobre el Océano con los ingleses, la mar principiaba á verse surcada por buques de vapor inventados por Fulton. Pero el hábil ingeniero murió antes de haber podido ver los magníficos resultados de su bello descubrimiento, y sin recibir la recompensa que tenía derecho á esperar.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Traducción libre del francés).

FALSA Y VERDADERA GLORIA.

Al pie de un naranjo hermoso
La flor del mundo crecía,
Y alzada en su tallo airoso
Eclipsarlo pretendía.

«Bellos son tus azahares,
Su grato perfume encanta,
Mas no al árbol te compares
Que á tu lado se levanta.

«Que entre las hojas que mueve
Mi suspiro halagador,
Cual ancho globo de nieve
Se presenta cada flor.

«Y tantas blancas y bellas
En su frente ostenta ufano,
Cual la clara noche estrellas
Y arenas el Océano.»

Así el aura murmuraba,

Y entre aplausos mil y mil
La flor del mundo aclamaba
Como á Reina del pensil.

Y viendo que conseguia
De las demas tal victoria,
Ella insensata creia
Que eterna fuese su gloria.

Apenas sintió pasar
Del estío los rigores,
Tornó el céfiro á ensalzar
Á sus mas queridas flores.
El árbol buscó del mundo,
Mas ¡cuál su espanto seria
Al mirar que en polvo inmundo
Trocada su flor yacia!

Y ¡cuál su asombro creció
Viendo que rico tesoro
Donde el azahar lució
Brillaban pomas de oro!

«Y pude, dijo anhelante,
Entre los dos aplaudir
Al que tan solo un instante
Debió en la tierra existir?

«Perdon te pido, azahar,
Si distante me veias
Los elogios tributar
Que solo tú merecias.

«Mas no los juzgues perdidos,
Pues en tus frutos revives,
Y al mirarlos aplaudidos
Digno galardón recibes.

«Que no es gloria la alabanza
Que en vida otorga la suerte,
Sino solo la que alcanza
Aun mas allá de la muerte.»

Dijo: de entonces volando
Con grato rumor sonoro,
Vese por siempre ensalzando
Las dulces pomas de oro.

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE.

Sevilla.

LA MADRE RIVAL.

Por los años de 1412, cuando la minoría del Rey D. Juan y la ausencia del infante D. Fernando, llamado á reinar en Aragon, daban á la Reina madre doña Catalina todo el poder que ella podia apetecer, vivia á su sombra la condesa viuda de Castilla.

Esta mujer, que aun no habia cumplido su trigésimo-octavo año, unia á una buena presencia el deseo mas descomedido de lucirla, y á un carácter irascible la ambicion mas estremada, que, como es consiguiente, engendraba en ella otras mil pasiones que le eran inseparables. Doña Teresa de Luna vivia en la corte sin poner limite á sus deseos. El favor de la Reina no era el solo de que gozaba; su primo el célebre D. Álvaro de Luna disfrutaba ya de un predominio que le habian hecho adquirir un talento gigantesco y las virtudes políticas mas brillantes. Don Álvaro, mas jóven que ella, casi puede decirse que habia cedido á la fascinante coquetería de la condesa, y el orgullo de esta estaba satisfecho con la lijsonjera idea de dominar á quien todo estaba sujeto.

Por aquel mismo año cumplia su décimo-octavo la hija que la condesa habia tenido del difunto conde de Castilla; y concluyendo al mismo tiempo su educacion, se hacia necesario que saliese del convento, donde hasta entonces habia vivido, ó que tomase el velo. La abadesa de aquel se oponia fuertemente á este último partido, porque amando tiernamente á la jóven Beatriz, habia tenido ocasion de estudiar sus inclinaciones y alejar de su mente la idea de consagrarse á una vida cuyo menor desagrado es el de condenarse al terrible tormento de morir viviendo.

La condesa, sin embargo de que ignoraba la hermosura y gracias de su hija, hubiera querido evitarse el disgusto de traer á su lado un testimonio de su edad; pero no la fue posible, y tuvo que ceder al imperio de la necesidad. Beatriz llegó á la corte, y su aparicion fue un rayo que aterró á su madre: todo cuanto la naturaleza ha podido producir de gracia y de hermosura lo habia prodigado en aquel ángel: sus negros ojos rasgados dejaban leer la belleza de su alma, la sonrisa que adornaba siempre su carminada boca, la dulzura de su carácter, el color subido

que aparecía á veces sobre la nevada mejilla, su modestia ajena de afectacion.

Beatriz fue presentada á la Reina; su vista produjo una sensacion general en la corte. No se hablaba de otra cosa en todas las reuniones: las damas mismas la elogiaban. Dos seres solamente permanecian mudos en medio de aquel entusiasmo, su madre y D. Álvaro: la primera, sorprendida de su propia imprudencia, no se perdonaba la necia inadvertencia en que habia incurrido: el segundo, herido de muerte con la vista de Beatriz, ni sentia ni pensaba; apenas sabia si existia! Su pasion, como todos los afectos de aquel grande hombre, fue voraz, y cuando hubo despertado del sopor en que le habia sumergido su primera impresion, se convirtió en torrente impetuoso que nada contiene. Su primer movimiento fue arrojarse á los pies de Beatriz, y recibir allí la muerte con su negativa, ó una ventura infinita con la esperanza; pero una idea horrible le detiene... tal vez Beatriz ama á otro hombre, y él va á leerlo en sus ojos. ¡Jura exterminar!... pero ¡á quién?... corre al cuarto de la Reina, le declara su amor, ó, mejor dicho, su locura, vuela á la presencia de su amante, y con un hierro en la mano la amenaza con el suicidio si no favorece sus miras. La condesa, astuta, conoce la impetuosidad de su carácter; la vida del favorito le era necesaria, y quiere conservársela: otra víctima pide su saña, y jura inmolarla. Procurando dulcificar sus palabras, temple el ánimo del enamorado jóven, le hace entrever esperanzas, y aconseja la calma y prudencia tan necesarias para conseguir: ella misma se ofrece á servir sus amores, dándose por muy satisfecha de un prometido enlace que asegura el bienestar de su hija querida.

A partir de entonces, el enamorado D. Álvaro no omite medio de hacerse amar, y la cruel condesa nada que pueda hacer perder á los ojos del amante todo el mérito de la amada. El primero consiguió su objeto. Beatriz no pudo dejar de ser sensible á la acendrada pasion de un hombre que tenia mil títulos para ser querido; y despues de un año de tormentos, el apasionado jóven vió abrirse el cielo de la esperanza. Pero... Beatriz no habia nacido para gustar de una felicidad completa: apenas acababa de ofrecer un amor puro á su amante, cuando empezó

á experimentar la mas singular variacion de carácter en aquel: tan pronto llegaba á su lado risueño, contento y festivo, como volvía en un estado de frenesí que le hacia desconocer.

Todo el amor de Beatriz no bastaba á calmarle; ninguna explicacion daba de tanto capricho: si en aquellos momentos su amante queria tranquilizarle, le parecia que cada palabra cariñosa era una chispa eléctrica que le ponía en combustion. Por mas de una vez tuvo Beatriz el pesar de ver correr la sangre de Álvaro por las heridas que le habia hecho una espada enemiga. Esta conducta era incomprendible para la enamorada jóven. Sus preguntas no tenian resultado apetecido; no aclaraban aquel misterio: si el fogoso amante estaba satisfecho, no la daba otra respuesta que sus caricias; si, por el contrario, su espíritu estaba dominado por uno de aquellos vértigos que solian acometerle, se limitaba á pronunciar monosílabos que le daban á entender que ella era la causa.

El delirio del de Luna habia llegado á un grado difícil de describir: una tarde, en fin, se acerca á él una mujer, cuyo rostro tapaba un ancho manto, y pone en sus manos un pliego, desapareciendo inmediatamente. Abre el papel con precipitacion, y lee: "Á las doce en punto de la noche os espera á la puerta de vuestra casa quien os quiere descubrir la negra traicion que os ridiculiza." D. Álvaro ha comprendido lo que el papel quiere decirle; son las siete; cinco horas faltan para las doce; un siglo es la primera, mil la segunda; su impaciencia no tiene límites en la última; de pie sobre el umbral de la puerta, espera con ansia que el reloj suene la media noche. Ningun ruido le da indicios de que otro ser espera como él: está á punto de perder la paciencia, cuando suena la campana de la vecina torre: su corazon repite los golpes de aquella, y en breve distingue un bulto negro que en la oscuridad se dirigia hácia él. Impaciente, quiere preguntar; pero el bulto, poniéndole una mano suave en la boca, le coloca una venda en los ojos y le arrastra tras sí.

Cerca de media hora habian tardado en caminar, cuando una serie de escalones que se presentaron á las plantas de D. Álvaro le hicieron conocer que el lugar de la escena cambiaba de altura.

Detúvose la persona que le guiaba, y quitándole

la venda y señalándole á una puerta: "Entra," le dice, y desaparece. El jóven hubiera querido mas explicaciones, pero ni encuentra ya á su conductor, ni ve delante de sí mas que la puerta. Su curiosidad era mucha para permitirle que permaneciese mas tiempo inmóvil.

Empuja la puerta; pero ¡oh sorpresa! en el mismo momento un jóven desaparece por el balcon que da al jardin: una mujer medio desnuda se incorpora en un lecho, y sobresaltada da un grito: los vestidos de un hombre esparcidos por la estancia dan á conocer que el que se ha escapado no ha tenido el tiempo suficiente para cubrirse del todo. El atónito D. Álvaro apenas comprende lo que quiere decir todo aquello; pero vuelve la vista hácia la desventurada, que, incorporada en el lecho, manifiesta su sorpresa. "¡Beatriz!" esclama furioso: y va á lanzarse hácia ella con la espada desnuda; pero en el mismo momento, la condesa, rodeada de criados y gente armada, y acompañada de una multitud de personas, se presenta y le detiene: "¡Qué vais á hacer! Á mi me toca su correccion."

II.

Trece meses habia que D. Álvaro de Luna luchaba con la pena que habia herido su corazon en la terrible noche que mencionamos en otra parte. Las artificiosas caricias de la condesa de Castilla no bastaban á disminuir su dolor. Un denso velo habia cubierto aquella escena; nada habia podido averiguar despues de tan fatal noche, y la criminal mujer que causaba tanta amargura, encerrada en un claustro, esperaba en breve el momento de consagrar á la penitencia el resto de una vida que le era odiosa.

Una noche en que el de Luna, con la cabeza apoyada en las manos, meditaba profundamente sobre la facilidad con que podemos engañarnos en nuestros juicios, oyó una voz estraña, y alzando los ojos, vió delante de sí un anciano, cuyo hábito indicaba haberse consagrado á la vida monástica.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis?

—Que me otorgueis una gracia.

—Hablad.

—Un hombre que está próximo á comparecer

ante el tribunal del Supremo Justiciero, exige veros.

—¿Y con qué fin?

—Se niega á recibir el socorro espiritual si no se le concede este favor.

—Guiadme.

No habian andado mucho, cuando el conductor de D. Álvaro, acercándose á una cadena que colgaba junto á una enorme puerta, tiró de ella: un minuto despues subian uno y otro una ancha escalera. Al fin de un claustro se veia otra puerta mayor que las que simétricamente estaban colocadas en toda su estension: el religioso hizo abrir esta como la anterior, y en breve se vieron los dos delante del lecho del moribundo. No le era posible adivinar al de Luna el motivo que tuviese el enfermo para desear su vista, y ardia en impaciencia por que se explicase; pero el infeliz parecia mas un cadáver que un ente animado.

Esperó bastante tiempo el impaciente caballero antes que el desgraciado articulase una sola palabra; pero volviendo como de un sueño, exclamó con voz moribunda:

—No dejéis morir á un cristiano sin penitencia.

—Aquí estamos, hijo, le dijo un religioso que tenia en la mano una imagen de Cristo crucificado; aquí estamos, prontos á recibir vuestro acto de contricion...

—No lo haré si no es en presencia de D. Álvaro de Luna.

—Ya le teneis delante, dijo el mismo D. Álvaro.

—¡Ah señor! perdonadme... ó mas bien no me perdoneis, y así habré perdon en la vida eterna... Escuchadme... En el convento de Nuestra Señora de Guadalupe, á trece leguas de aquí, hay una mujer... esta mujer, á quien yo conocia, fue víctima de la venganza de otra mujer á quien por mi desgracia conocia demasiado... yo era el agente secreto de la condesa de Castilla... (un movimiento convulsivo agitó todos los miembros de D. Álvaro). Por algun tiempo se limitaron las arterias de esta, continuó el moribundo, á propalar especies calumniosas contra su víctima, á hacer llegar á vuestras manos anónimos y otros avisos que os ponian en un estado difícil de describir; por último, meditó el golpe que habia de consumir el sacrificio... Yo fui el instrumento... Cuando creyó llegada la hora de su vengan-

za, hizo reunir en su casa, bajo diversos pretextos, á sus deudos y amigos... os hizo conducir con engaños al cuarto de la desventurada, que con la calma de la inocencia dormía profundamente: lo que allí pasó ya lo sabeis; el que escapó por el balcon fui yo, que tuve cuidado de ocultaros mi edad y deforme figura para haceros creer mejor la estratagema...

III.

El sonido de una lejana campana anunciaba á D. Álvaro el fin de sus fatigas; pero un secreto presentimiento le tortura; no puede explicarse el motivo, sin embargo, tanto cuanto desea la entrevista que viene á solicitar: aquella campana le anuncia la próxima profesion de alguna nueva victima del claustro: la vista del convento donde está encerrado el objeto de su amor le distrae de las penibles reflexiones que esta circunstancia despierta en él.

Pocos momentos despues ve dos mujeres que, caminando con mesurado paso, se acercan á la puerta que tiene delante de sí: el talle y formas de la una le son muy conocidos, y habria volado á echarse á sus pies si el temor de disgustarla no le hubiera detenido; su fiel Fernando ha corrido ya, y pone en las manos de Beatriz el pliego que de antemano tiene preparado: su amor, su arrepentimiento, todo está pintado allí. Beatriz devora con los ojos aquel escrito; un rayo de gozo ilumina su rostro; ve ya abierto delante de sí un cielo de ventura; ya se le alejan de su vista los ennegrecidos muros que tanto horror la inspiran... pero ¡ay!... ¡una reflexion destruye toda su esperanza!... Su deshonra ha tenido tan célebre publicidad, y la traicion que la causó es tan inverosímil, que lejos de que aquel enlace lave la mancha que la envilece, la ennegreceria mas á los ojos del mundo, imprimiendo un sello de ridiculidad sobre el único ser que la ama en la tierra.

Devuelve el pliego al jóven Fernando, y con acento de dolor articula estas palabras:

—Volved á vuestro señor... Decidle que le amo demasiado para sacrificar su honor á mi reputacion...

La sorpresa del de Luna solo puede ser comparada á la acerba pena que devora á Beatriz. Entra en el convento donde la espera la terrible ceremonia;

¡ya pronuncia el fatal voto!... Los circustantes la ven reclinarse en el doble almohadon que tiene delante de sí, y esperan largo tiempo á que haya acabado de orar... la religiosa que la sirve de madre, su buena tia, quiere advertirla que la esperan; toca su mano... ¡estaba muerta!

IV.

Al mismo tiempo que se celebraban en el convento de Nuestra Señora de Guadalupe las exequias de una virgen, un pueblo inmenso se agrupaba en derredor de un palacio... el cuerpo de una mujer sin vida escitaba su curiosidad; una daga enterrada en el pecho de la víctima no dejaba ver mas que un rico puño de oro guarnecido de brillantes... en su mano izquierda tenia fuertemente apretada una banda á medio bordar, con estas letras: *Teresa de Luna Cond...*

D. E. P.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuacion) (1).

Déjame á mí el cuidado de velarte como un tesoro. Yo buscaré ese hombre que ha de hacerte feliz, y si no le veo en ese mundo corrompido, júrame no elegirle tú, que eres tan inocente, tan ignorante, y que elegirías, á no dudarlo, el verdugo de tu inocencia, el déspota de tu sumision.

No ames, Julia, no ames. Ejercita tus afecciones en obras piadosas, en hechos generosos. ¡Oh! yo me moriria de dolor si te viese infeliz.

.....
Á los pocos dias Julia habia recobrado su color, parecia mas tranquila, no pintaba tantas horas, y se detenía menos en su cuarto.

(1) Véase el número anterior.

Rezaba con mas fervor y no se distraia tanto, ni su fisonomía se paralizaba con los insomnios y la meditacion.

Habia encerrado en un neceser el hermoso retrato de Arturo, y habia desistido de copiarlo, ni menos de pensar en él.

—Yo estoy destinada al claustro, se decia; á ese asilo de la inocencia; á ese santuario donde no penetran las pasiones humanas, donde no estaré espuesta á esos dolores y amarguras que dicen que ofrece el mundo.

¿Y de qué me serviria desobedecer á la que ha sido mi segunda madre, mi ángel tutelar, si jamás he de hallarle, si este es un sueño de mi fantasía, si la realidad está tan lejos de mí como un planeta de los ojos que le miran?

Olvidemos esos delirios.

Mi tía ha sido feliz, y nunca ha amado.

Mi tía ha sido hermana de todas las criaturas, sin pertenecer á nadie. Libre de pasiones, esclava de deberes.

Nadie ha herido su corazon, y sin embargo ha llorado las heridas de los demas, y las ha cicatrizado con dulzura.

Ha sido buena como los ángeles. Ha visto las miserias humanas solo para socorrerlas.

Los vicios la han huido, aterrorizados de su virtud.

Las malas pasiones se han escondido para salirle al paso y ver si tropezaba con ellas; pero ellas han caido de rodillas ante la serenidad de un semblante puro, de un espíritu lleno de santidad.

Los años han querido despojarla de su velo de pudor; pero ella le ha puesto dobles gasas y resalta por su blancura y modestia.

Mi vida, como la de ella, ha de ser espiritual, evangélica.

Si no poseo todos los dotes necesarios á este fin, yo procuraré adquirirlos. Yo seré buena. Yo no pensaré mas en él.

Y dos lágrimas tranquilas rodaron de sus ojos, como las últimas hojas de un árbol que se desnuda; pero así como el arbusto se queda triste y sombrío al despojarse de sus vestiduras, así la enamorada joven sintió un desconsuelo en su alma que se parecia al invierno de la vida. Renunciar á amar á los quin-

ce años, es lo mismo que quitarle su vegetacion á la primavera.

Julia vió el cielo desde aquel dia menos azul, el sol sin brillo, el jardin sin encantos, las flores sin colorido.

Por lo mismo que deseaba arrancar una idea de su mente, la tenia como impresa, como cincelada como grabada á fuego.

Sucede con los pensamientos lo que con las vegetativas abejas; cuanto mas se las huye mas persiguen y acosan para clavar el aguijon.

Mientras saboreamos una idea, mientras creemos fácil su realidad, solemos olvidarla algunos instantes; pero cuando vemos el negativo *imposible!* ya no es idea, es un suplicio continuo que pasa de la mente al corazon, del corazon al espíritu, y nos desalienta y nos oprime, y nos devora sin cesar.

Julia habia nacido para el amor, como la palmera que no vive ni da fruto si no tiene á la vista su compañero querido.

Querer ahogar este sentimiento en quien nace para él, es proponerse hacer un autómatas de un alma superior y de una cabeza volcánica y sublime.

Por eso la pobre niña tenia cada vez el rostro mas pálido y la sonrisa mas fria y amarga, pues un interior vehemente y sensible, oculto bajo la máscara de la indiferencia, es un edificio que se abrasa, mientras que las paredes estérieures presentan el amarillo color del reflejo de la llama.

Pero esta situacion no puede durar mucho tiempo. Ó sucumbe la víctima, ó estalla al fin, amando con el mismo fuego reconcentrado que ha deprimido y encerrado por tanto tiempo.

Un dia ¿quién habia de creerlo? llamaron á la puerta de aquella casa, que parecia deshabitada. un lacayo preguntó si las señoras podian recibir.

Casi se asustó la criada, por la poca costumbre que habia de estas cosas naturales de la vida.

Corriendo y casi temblándole la voz dijo á doña Inocencia el gran suceso que se presentaba; y esta, que aunque solitaria siempre no era intratable ni asustadiza, hizo pasar á quien se habia anunciado saliendo á recibir á la gran galería que empezaba en la escalera.

Una hermosa señorita y un joven no menos her-

moso que ella, subieron, asidos de la mano, con ese risueño semblante y esa alegría infantil que dan los pocos años; pero al ver á la respetable señora que los recibia, tomaron sus rostros alguna gravedad, y la jóven preguntó con un acento lleno de dulzura:

—¿No vive aquí la señorita Julia Mendoza?

—Aquí vive, respondió con cariño su tia; pero no se detengan: pasen adelante, é iré yo misma á decirle la agradable visita que la espera. Julia es mi sobrina.

La jóven hizo una finísima cortesía, y pasó con despejo hasta llegar á la sala de recibo, donde se quedaron solos, mientras doña Inocencia iba á buscar á Julia, no con muy buen humor, por venir un caballerete, como ella nombraba á los jóvenes, con la elegante niña.

Entre tanto los dos hermanos se quedaron solos, y empezaron á examinar la habitacion.

Despues de divagar sus ojos con la curiosidad de los niños, se encontraron al fin, y haciendo una seña significativa, se sonrieron entre maliciosa y burlonamente, é inclinándose la niña hácia el oido de su hermano, le dijo con cierta mezcla de pedanteria:

—No falta mas que el altar para decir misa.

—¿Estamos en una iglesia, ó en una sala de recibí? contestó el jóven, aguzando las puntas de un pequeño bigote, nacido á fuerza de tirones y de medicinas fuertes.

—¿Si será esto un convento, y la señora que nos ha recibido la superiora?

—Entonces tu amiga será monja, ó al menos novicia.

—Trazas tenia de ello cuando era mi compañera de colegio; sin embargo, era muy bonita, y yo la queria mucho, aunque no nos parecíamos en el carácter; por eso la he buscado por Madrid hasta hallarla, pues es un cariño que no he podido olvidar. Todas las compañeras las he ido hallando, mas tarde ó mas temprano, en los paseos, en los bailes ó en los teatros; pero á Julia parecia que la habia sepultado la tierra.

—Creo que ha de ser muy rara su tia. Parece una Santa Mónica, con su hábito y su alfiler en el pañuelo ahogándole la garganta. Además, creo que su amabilidad no le sale de los dientes adentro. Tiene,

con su sonrisa y todo, la misma gravedad y tristeza que los adornos de su casa. Veremos si la niña es como ella.

—Te has empeñado en que yo pase un rato fatal, mientras podia ocuparlo divertidamente en el Casino ó el café.

—Así que veas á mi amiga no te arrepentirás.

—Pues ya tarda, y tengo poquísima paciencia. Un buen trueno di yo á cierta señorita por hacerme hacer una antesala por el estilo. ¡Bonito genio es el mio!

—Pues chiton, y aquí hazte un santito, gran loco; pues segun son las gentes así es menester tratarlas. Yo tambien soy viva y voluble como el viento, y, sin embargo, verás qué formal me pongo para ver á mi amiga. Ya conozco su genio, y sabes que dice el refran: *Donde quiera que fueres, haz lo que vieres*. Ya se oyen pasos: ella será.

—No; es su tia.

—¿Y Julia?

—Ya viene, señorita. Estaba en el jardin hecha una verdadera jardinera, y la he dicho que no haga esperar, que se presente de cualquier modo.

Con efecto; á poco llegó Julia con una graciosa falda azul de granadina y un elegante jubon blanco de linon, menos blanco, sin embargo, que su perfecta garganta y sus pálidas mejillas.

Sus cabellos estaban entrelazados con algunas flores, puestas sin espejo y sin orden, y su peinado era como el de las aldeanas, sencillo y gracioso, sin nada de tules, ni alambres, ni almohadillas.

(Se concluirá.)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Vamos á colocar á nuestras interesantes lectoras bajo la influencia de los sombreros redondos, tan adecuados para realzar la espresion de los bellos ojos picarescos que giran incesantemente, trastornando mas de un cerebro masculino. Todavía no se adoptan del todo para paseo, pero en el campo ó las

aguas llenarán completamente su cometido al lado de la gorra jockey, la toca ó los demas modelos redondos, que todos llevan una mazorca de plumas con penacho ó sin él por delante, pero alrededor del copete el adorno difiere, siendo unas veces pasamanerías de paja ó azabaches, y otras terciopelos ó encaje, ó, lo que es aun mas elegante, una pluma cazadora.

Con los sombreros redondos es del todo indispensable el velito de encaje.

Los trajes de lana son sumamente aceptados aun por las mas elegantes.

La alpaca, el linós y el mohair componen encantadores modelos de *negligé*. Muchos de ellos se hacen lisos, sin mas guarnicion que el extremo del borde recortado á dientes festoneados en seda, lana, ó bien bordeados de un grueso galon. Algunas veces estás faldas lisas se adornan á manera de redingote, con una fila de gruesos botones de nácar, fantasía enteramente á la moda.

Todos estos trajes exigen vesta ó confeccion en tela igual, camail ó paletot. Bajo las vestas se coloca la camiseta de chaconá bordada ó plegada, con valenciennes. Hé aqui dos encantadores modelos dignos de citarse. Uno en nansouck, con cabos bordados dispuestos en brandebourgs; entre los cabos, ojales bordados.

El otro, guarnecido por delante de siete plieguecitos, un bullonado encajonado por un valenciennes, y otro idem á manera de walona. El bajo es con aldetá cuadrada; forma chaleco *padre noble*.

Bajo las faldas de muselina se llevan lo que generalmente han adoptado ya hace algunos años las elegantes, es decir, un transparente en tarlatana en vez de tafetan, lo que es lindísimo y muy vaporoso para el estío.

Podemos presentar á nuestras lectoras dos trajes novedad.

Uno es en linós plateado, denteado y festoneado el bajo de la falda en seda grosella; el feston remonta por delante en toda la altura de la falda y del cuerpo, fijando cada diente un boton de nácar.

La manga de codo está denteada en el bajo, y los dientes remontan en toda la altura de la costura del codo. Cuellecito en tela igual, y sombrero de crin

con guirnalda de campanillas azules con simiente grosella colocada alrededor del copete.

El segundo es de alpaca blanco, con un encañado en el bajo de la falda, y sobre él un retorcido en paja. El cuerpo forma confeccion; es á lo hombre, con largas aldetas rodeadas de cascabeles de paja. Completa este traje, enteramente de campo, un sombrero Diana Vernon, en paja de Italia, con larga pluma azul y penacho.

Como traje de toda elegancia, lo es uno en foulard *pungée*; en el bajo de la falda un volantito de encaje negro, colocado recto, y otro encima describiendo festones. Vesta griega, guarnecida de encaje negro. Chal de encaje y sombrero de paja de arroz, sin bailet, con sauce blanco, retenido por una rosa te.

El segundo es de muselina blanca sobre transparente de tarlatana malva, cuya falda, el cuerpo hombre á la francesa, y el cuellecito, está todo guarnecido de punto d'Alençon. Un sombrero pequeño de crespon malva con lluvia de lirios completa este traje, igualmente fresco que gracioso.

Concluiremos recomendando á nuestras lectoras los magnificos foulards, destinados á las reuniones nocturnas en las aguas ó los baños de mar.

Son sobre fondos blancos ó muy claros, con adorno de flores Wateau, bastante espaciados, y formando medallones. Otra serie de telas está destinada á los trajes de campo; en esta hay una cantidad de rayitas, de pekings, lisos, ó dibujos á florecitas, y adorno imitando el bordado y la pasamanería.

Hemos visto un admirable dibujo sobre fondo blanco, maiz, y gris claro á florecitas de *selectus*. Lo aconsejamos para trajes de paseo y de *soirée*. Esta riquísima disposicion de admirables matices no exige ningun adorno.

JOAQUINA DE CARNICERO.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.